



LA MONTAÑA

REFLEJOS EN LA ALTURA

I

En plan de subida

La montaña, red verde.

Sé que la montaña urde con sigilo la soberbia red de su maraña verdeante, la red imponente de sus moles rocosas y apresta en ella la sugestión de sus encantos. No lo ignoro; y, sin embargo, me lanzo, cuando me es dado, a sus mallas. ¡Que me aprisionen! ¡Que me envuelvan esos lazos espirituales de la intimidad montañera! No forcejearé por desasirme de ellos.

En la montaña hallo mi centro.

Ella constituye mi obsesión.

Cuando expando las emociones cordiales que fluyen de lo recóndito, mi alma se fusiona en ternezas sublimes brotadas en la montaña; que son algo peculiar de ella.

Por eso me siento feliz en sus cimas y allá, en el tupido laberinto de sus frondas, o en sus fragosidades rupestres, prisionero en la red de mis amores, desprecio al que desdeñando la montaña, se arrastra anémico, en el dédalo callejero de la ciudad: la red fatídica.

II

Por la falda

La montaña, arpa.

Soy un melómano. Se me antoja la montaña un arpa inmensa. Nosotros los que la escalamos, cuando ansiamos aspirar con el aire virgen sus mudas notas, somos las cuerdas, las fibras tensas que, asidas a las clavijas agrestes de sus árboles, matorrales, rocas, inundamos de emociones cadentes el ambiente montañero y el ambiente espiritual del alma.

¡Oh la montaña! En ella se desenvuelven en su tono, con todo su valor: la alborada de las rubias mañanitas, la sonata lánguida de los atardeceres violáceos, el nocturno melancólico de las noches siderales.

¡Adelante, montaña arriba, en pos de la vitalidad emotiva, de la ventura montañera!

Al roce del plectro mágico de tu sedante aliento, brotarán ecos, notas supremas de melodías, que sólo resuenan en las oquedades agrestes circunscritas en el triángulo de tu arpa.

Con música y en tu cima seré feliz.

En la amistad sincera de tus amigos seré feliz.

III

En la cima

Música del día.

La niebla sutil empapada de fría humedad, va calando la ligereza de mis prendas. Me invade todo el cuerpo una corriente helada; más un poco de ejercicio basta para desentumecer los miembros y entrar en reacción. Son las cuatro de la mañana y allá, en la solitaria cumbre, aguardo el orto dorado del rey del día.

Las alondras, los primeros heraldos, se descuelgan en lo azul, sobre la baja niebla, e inundan el ambiente con la garrulería de sus pregones sempiternos. Tizón sobre tizón se enciende la fragua del Oriente, y el disco solar, forjado en ígneas tonalidades de oro y plata, se eleva oscilante, suspendiéndose cual bruñida araña del templo de lo inmenso, iluminando la ofrenda del día.

La niebla se filtra en las porosidades del éter; tan sólo algunos jirones de rosa pugnan y se resguardan en las grietas. Todo se disipa.

Un rumor, con dejos de melancolía, resbala de onda en onda. Se va acentuando. Es un rebaño cabrío, que nos obsequia con su diana matinal a base de esquilas y del trémolo de sus carraspeos. Ante mi presencia, inician una huida por los vecinos escarpes, trenzando en su ascensión un sin fin de garabatos.

La sinfonía, iniciada con sordina, prosigue en un «allegretto» fantástico, que se quiebra con sonoridades de eco en las rocas. Un «crescendo» inusitado de cadencias y salvajes armonías invade la montaña. Por doquier se divisan, cual piedras blancas esparcidas al azar, las ovejas de broncos balidos, los corderos de atiplados lloriqueos; y siempre con el imprescindible coro de cencerros y campanillas. Un perro desentona el conjunto con los redobles del tamboril de sus ladridos y algunas ovejas rezagadas, como fustigadas por un látigo invisible, se agitan, se agregan al cuerpo del rebaño, alzando en la carrera flecos de su lana. Son blancas banderitas de paz, que la montaña tremola para sus amadores. Pasan unas cuantas horas. La araña solar envía oro diluido en rayos. La plegaria del día se acrece por momentos. Hay flautillas rasgadas, veladas entre la hierba. Son los grillos. Las cigarras experimentan la fiebre del canto y no cesan, no cesan de inundarlo de estridencias monorrítmicas.



Es la hora suprema del «Angelus», las vibraciones de los bronce de aldea mueren a la falda del monte. Todo es música... Todo emociones...

El órgano de la naturaleza resuena con todos los registros.

IV

La emoción en la montaña

Un peñasco proeminente en la montaña, es una magnífica atalaya. Con las piernas extendidas y de pie; simulo un coloso de Rodas en miniatura.

En el ambiente flota luz de sol; luz de emoción en mí; luz de panorama, en la visión. Todas tres se hermanan a la perfección.

Abajo: el valle. Variedad en la monótona persistencia de verdes subidos, de verdes lánguidos. Hay entonaciones grisáceas de tierras laborables. Motas denegridas con casquetes rojipardos denuncian caserías.

En las extremas lejanías, otras montañas borran sus contornos en la calina difusa de los días caniculares. Y todo esto, un amplio escenario donde juegan al claro-oscuro la luz y la sombra.



Cerrando y abriendo consecutivamente los ojos, el conjunto panorámico se trueca en la magia de un poliorama.

En mi pecho el sentimiento estético es una efloración del paisaje. A mis ojos asoma el sueño de la emoción.

Y luego, recostado sobre el peñasco, espoleando al «clavileño» de la fantasía, sueñas y más sueñas...

Los puros goces de la imaginación, constituyen en parte la alegría del vivir.

V

Descenso

Emociones aéreas.

¡Qué bien dijo un autor!: «El gozo de la subida es un resarcimiento anticipado por la melancolía del descenso». Me

hallo ya bastante alejado de la cumbre y me embarga el ánimo, un no sé qué imposible de expresarlo; con dejos de melancolía, que me tortura el natural.

Llevo en lo recóndito como calcadas visiones empapadas de luces panorámicas y experimento la presión emotiva de las alturas: son, en parte, el lenitivo de un forzado descenso.

Unos vienen y otros van. Un buitre asciende trazando a grandes rasgos sus evoluciones. Su vuelo es la trivial sacudida de una alfombra con reguladores que quedan suspensos en un calderón, con decrecimientos rayanos en el silencio.

Dos fuerzas magnéticas, la «terrífuga» y la «terripeta», le inmovilizan en el espacio. Cede a la segunda; y describiendo una espiral gigante, viene a posarse en un peñasco.

Busca la estabilidad tras un ligero balanceo y escruta la inmensidad. ¿Oteará el materialismo de una carroña; o será un entusiasta del espiritualismo de lo grandioso?

Tres motitas negras en el zafir celeste, escupen un «croa croa» insulso. Se alejan los tres cuervos; pesadillas enlutadas en el azul de la esperanza.

VI

El plan de despedida

Música nocturna.

Alto. Unos minutos de descanso. Una mirada al terciopelo amatista de un firmamento vespertino. Presto se desprenderá de las cenefas cuproáureas, que limitan su extensión en el horizonte. Presto; cuando muera el sol. Aparecerá sonora como un tamboril de sonidos espirituales la luna de piel de pergamino rancio. Enmudecerán progresivamente esquilas, balidos, silbidos, graznidos, la música diurna. Y en la función de la noche sonarán con sordina los instrumentos de los insectos alados; sus melodías serán arrullos de almas amantes, besos sonoros en su espiritualidad. Y mi alma recitará en su interior la poesía melódica de la sensación indefinible brotada al conjuro de las sombras, que avanzan triunfantes. La noche. Sumidos en ella se borran los contornos montañosos. Es tan sólo una parda silueta, la montaña.

¡Adiós! El cielo tiene penachitos de oro en abundancia. En mis ojos se reflejan sus luces.

VII

El adiós

Y me alejé de ti, montaña predilecta. Te habías esfumado en la indecisión del caos nocturno. Mi corazón era una brújula que me marcaba el Norte, el norte abandonado de la montaña. Antes te amé, después te preferí.

Y un corazón que te ama, no mide la materialidad de la distancia que media entre el tuyo de granito y el mío de carne. Por eso tu constante recuerdo se desdobra en mi mente y en mi corazón y estoy sobre tu adusto lomo a 50 kilómetros de ti; y trascienden a mí efluvios de tu señorial agreste a igual distancia; y ruedan ecos lejanos, cadencias ancestrales en mis oídos. Son la evocación augusta de tu música añorada.

En el fondo azul de mi alma eres la figura indeleble de mis sueños. En los arcanos de mi mente eres la fantasía de un cuento oriental.



(Ilustraciones de Rentería)

KARMELENDI.